

llos que por su ignorancia y por su debilidad pueden considerarse como parvulillos, pueden recurrir á Ella; y que á Ella pueden recurrir también todos aquellos que tienen necesidad de ser socorridos, de ser fortalecidos, de ser curados.

Confiemos, pues, hermanos carísimos, en esta generosa Bienhechora. Si nos vemos afligidos, digámosle: ¡Oh María! danos entre las angustias que nos rodean la paz del corazón. Si somos tentados, digámosle: ¡Oh María! en medio de las asechanzas de los enemigos espirituales que tan ásperamente nos combaten, danos la victoria. Si nos vemos asaltados por la duda, digámosle: ¡Oh María! entre las incertidumbres que nos rodean, ahuyentad las tinieblas y danos la luz. Sea completa nuestra confianza, sea entera, constante, en todos los peligros, en todas las ocasiones, en todos los momentos, y no veremos defraudadas nuestras esperanzas. María nos protegerá con su patrocinio, nos dispensará gracias temporales, cuando no sean nocivas á la salud del alma, nos otorgará poderosos socorros para vivir en la virtud, para crecer en la amistad del Señor, para conseguir la corona del premio en la region de los Bienaventurados; y si los espíritus infernales nos acometen, Ella descenderá del Cielo para correr en nuestra defensa y librarnos de tan terrible enemigo, de manera, que veremos cumplirse en nosotros el prodigio que dió lugar á la erección del templo del Esquilino.

Y Vos ¡oh María! consolad esta nuestra confianza. Sed nuestra guía cuando, pobres peregrinos en este valle de lágrimas, nos apartemos del buen sendero; sed nuestro escudo cuando por nuestra debilidad no podamos resistir la acometida de las pasiones; sed nuestra salvación cuando nos veamos afligidos por el dolor; sed nuestra abogada cuando sea necesario defender nuestra causa delante de Dios. Si; por aquella gracia de que estais llena, por la misericordia de que sois tan rica, miradnos con ojos compasivos, y derramad sobre nosotros los raudales de vuestra beneficencia. Vea el mundo, vea el Infierno, que Vos sois nuestra Madre, y que no demorais el venir en nuestra ayuda para defendernos si somos oprimidos, para consolarnos si estamos afligidos, para libertarnos de la bestia infernal si de ella somos tentados.

LA DIVINA PASTORA.

Ego pascam oves meas.
Yo apacentaré mis ovejas.
(EZEQUIEL, XXXIV, 15.)

Cuando los que devotamente amaban á la Madre del Salvador se complacían en creer, que tributaban á esta Señora los obsequios y homenajes que caber pueden en la criatura; cuando el afectuoso corazón, al parecer, se había desahogado hasta el extremo en sentimientos de devoción y de ternura hácia tan estimable Reina; cuando la imaginación descansaba ya en los brillantes y pomposos títulos, que su viveza y fecundidad le habían sugerido para honrar á esta hermosa Sunamítis; cuando los oradores más celebrados creían haber agotado las fuentes de la oratoria en alabanzas de esta Señora; cuando... Pero ¿por qué no lo hemos de decir de una vez? Cuando los Pontífices más celosos, las Religiones más fervorosas y los fieles más devotos, el mundo todo hacía resonar por todas partes los ecos de alabanza á María, creyendo haber agotado los mineros de sus loores; entónces, acordándose la Señora de los limitados alcances de la criatura, y queriendo aumentar los sentimientos de una devoción tierna, inspira á un celoso capuchino de Sevilla, que salga por las plazas y calles de esta ciudad, á proclamar á María por la *Divina Pastora* de los hombres. Entónces la celestial Reina, dando lugar más que nunca á las amorosas efusiones de su corazón, manda á su profeta que diga en su nombre al pueblo: «Pueblo mío, tú eres el objeto de mis desvelos, de mis solicitudes y de mi amor. Desde que tuve la fortuna de ser elegida Madre del Salvador, te miré como á mi rebaño, que debía alimentar, proteger y defender de tus enemigos. Yo te he enseñado los caminos de la virtud; he marcado tus pasos con el sello de la prosperidad, y he ahuyentado al enemigo allende de los abismos. Y si estos no son oficios de una pastora divina, dime, cuáles lo serán?»

Y así, regístrese este día en los anales de la historia como un día de paz y alegría para los hombres, y de honor y alabanza para María. Decid desde este día á los que quisieren perturbar vuestro reposo y tranquilidad, y robaros la preciosa joya de la gracia: ¡infelices! hasta aquí ha llegado vuestro poder: contra el báculo de mi Pastora divina se estrellará vuestra arrogancia y altivez, y desaparecerán vuestros lamentables triunfos. Un paso más que adelanteis, será añadir confusión á vuestra perdición y ruína. Hasta ahora destrozabais con furia el aprisco; pero, desde este momento en que la celestial Señora ha aparecido con el tosco sayal de pastora, y dado lugar á que se recogiesen bajo su manto las tiernas ovejas, darán balidos sin el menor susto, y con saltos de gozo y placer celebrarán vuestra impotencia y su seguridad. Y dirigiéndoos á esta Pastora divina le diréis: á Vos se debe el honor y la gloria, pues con vuestro cayado habeis roto la cabeza á mis enemigos.

Este es el asunto, señores, que quiero manifestaros esta mañana; asunto que interesa á cada uno de nosotros, y que por consiguiente pide vuestra atención. Sed dóciles en creer esta verdad, penetraos de sus sentimientos, obrad según las máximas del Evangelio, y estad seguros de la protección de María. ¡Feliz yo, si puedo contribuir á arraigar más y más en vuestros corazones verdades tan consoladoras! Pidamos esta gracia por la intercesión de la misma Virgen: A. M.

Habiendo derramado Jesucristo su sangre, para que todos los hombres participasen de su herencia y fuesen la Iglesia, ésta se ve en la dolorosa precisión de llorar la infidelidad de muchos pueblos idólatras, y la voluntaria separación de su seno de sus pérfidos hijos. ¡Cruel recuerdo! ¡perspectiva amarga! ¡Jesucristo sacrificándose en manos de los más infames verdugos, para hacer de todo el universo un pueblo fiel, una nación santa y una hostia pura de oblación al eterno Padre; y una inmensa multitud de estos seres racionales burlarse de sus sacrificios, inutilizar su sangre y rasgar su túnica inconsútil! ¡La voz del Pastor los llama para hacerlos participantes de los deliciosos y saludable pastos de sus ovejas, y ellos cierran los oídos á estos clamores, y se alimentan con el engaño y la mentira! ¿Puede llegar á más la insensatez del hombre? ¿y tanto pudo la culpa?

Compadecida pues la Iglesia, y condolidamente de la suerte tan desgraciada de esos infelices, levanta las manos al Cielo, y con vestido de luto y penitencia, entre el vestíbulo y el altar, clama al Padre

de las misericordias, se digne dar una benigna ojeada sobre esa multitud de criaturas suyas. Que rompan las cadenas, le dice, que tanto tiempo há los sujeta á la infame esclavitud del infernal enemigo; que os conozcan á Vos, Dios único y verdadero, criador y gobernador del universo; que la luz del Evangelio llegue á sus oídos, disipe las tinieblas que ofuscan su entendimiento, é infunda en él la luz clara de la verdad: finalmente, que la gracia de vuestro Espíritu obre interiormente en sus corazones y les haga abrazar las verdades de vuestra Fé.

Y ¿podrá María, señores, oír con indiferencia los gemidos y llantos de la Esposa del Cordero? ¿No se acordará de que el título de Pastora, de que tanto se precia, exige el cuidado de esos infelices, que, en algún día, pueden formar la parte más brillante de su rebaño? Se acordará, señores; y con aquel amor maternal con que ama á todos los hombres, imitará al divino Salvador, que dejó á las noventa y nueve ovejas para ir á buscar á la que se había descarriado. Entonces enjugará las lágrimas amargas de la Iglesia, haciendo entrar en su seno tropas numerosísimas de indios, de chinos y de americanos; y después de haber henchido de frutos de todas las naciones los espaciosos graneros del Padre celestial, será aclamada entre himnos y cánticos de alabanza diligente Sara, por el cuidado que tiene de sus hijos; Raquel hermosa, por la parte que toma en sus desgracias; y fuerte y valiente Esther, por haber roto la cabeza del enemigo que los tiranizaba.

Yo me complazco, príncipe de las tinieblas, al ver acercarse el fin de tu tiranía. María, que se ha declarado patrona de los infieles, ha dado el último golpe decisivo á tus victorias y á tu imperio; y la confusión, la rabia y la desesperación sean la parte de tu herencia por eternidad de siglos. María, como pastora, ha añadido á su rebaño los cachorros que alimentabas con el error y ponzoña. Yo me entro en las oscuras regiones de la infidelidad, no poseído del horror y del susto que ántes causaban las impías ceremonias y bárbaros sacrificios de tu ley, sino que al poner el pié en ellas, siento apoderarme de los más dulces y suaves sentimientos de placer y tranquilidad, por haber desaparecido los satélites de tu soberbia, mudándose las costumbres bárbaras, y haber fijado en ellas su domicilio por medio de María el Evangelio del Salvador. Yo recorro las vastas y dilatadas tierras de la América, las ricas provincias de la India, las populosas ciudades de la China y las suaves regiones del Japon, y las veo gloriosamente transformadas en patria de santos y país de héroes cristianos. Des-

aparecido hán los sacrificios impíos de sangre humana, de que nunca se saciaba el demonio: la esposa ya no se clava el puñal, para acompañar en la muerte á su marido; los hijos ya no acaban con su anciano padre, por serles enojosa su vejez: la doncella está ya segura de que no la asalten los lobos de la castidad: han cesado los espectáculos horrorosos, ya de despeñarse de los montes, ya de ahogarse en los ríos y de sepultarse vivos en la tierra, para honrar de esta manera á las mentidas divinidades del gentilismo. Y ¿eso, oh filósofos brachmanes y doctores de la infidelidad, se hacía á vuestra vista! ¿Estos eran los frutos de vuestra filosofía? así os compadecíais de vuestros semejantes? ¿Y á tanto pudo llegar vuestra malicia? Atribuyamos, pues, la milagrosa trasformacion de estos racionales al cuidado y poderosa proteccion de la divina Pastora de los infieles, que no ha sufrido quedasen por más tiempo sumergidos en las sombras de la infidelidad.

Si el corazón cristiano, señores, recorriendo los anales de la historia eclesiástica, se complace al leer la rápida propagacion del cristianismo, y los medios de que se valió la divina Providencia para dar á conocer á las naciones el dón precioso de la Fé, no se regocija ménos considerando, que en estos progresos y adelantamientos tiene María la mayor parte, que, como pastora solícita de los hombres inspira los designios, favorece las empresas y consigue maravillosamente su fin. En verdad, María conduce entre peligros y escollos á los hijos del gran Francisco á las desconocidas regiones de la América; planta por este medio las semillas de la Fé; enarbola el estandarte de la cruz, y forma de aquellos desgraciados indios un nuevo rebaño que, unido á los antiguos cristianos, demuestra el cuidado de la Pastora que los cuida. María es la que traslada á fuerza de prodigios á un Javier á las Indias Orientales, y llena la China y el Japon de numerosísimas tropas de jesuitas, quienes, olvidándose de sus propias conveniencias, combatiendo todo el día contra el error, y despreciando las intempestivas amenazas de los bonzos y brachmanes, y arrastrando las cadenas de la esclavitud, convierten á la Fé del Crucificado millones de indios, chinos y japoneses, quienes recuerdan á los cristianos de Europa por la inocencia de sus costumbres el primitivo fervor de los fieles de los primeros siglos. María inspira á los dominicos, mínimos, agustinos y otros celosos religiosos el vasto proyecto de sujetar á todas las naciones al imperio de Jesucristo. María hace emprender á los capuchinos...; pero aquí es preciso pararnos un instante, porque por más viva que sea la imaginacion, no

podrá alcanzar los pasos que la divina Pastora hace dar á sus hijos, para que logren los gentiles su felicidad y bienandanza. Medid el espacio que hay desde Levante á Poniente, y desde el Norte al Mediodía, y tendreis las tierras que pisan los capuchinos, para dar á conocer á los que habitan en los helados países de la nieve, y á los que se acercan á las regiones abrasadas por los ardores del sol, al que trajo la paz y salud al género humano. Pero ahora permitidme que os pregunte, ¿no es esto ser María pastora de los infieles?

Así se complace el devoto de María, leyendo registrados en los anales de la historia los cuidados amorosos de la Pastora divina, que se desvela por el bien y salud de los hombres. Repasa y medita los lances y apuros en que ha sido necesaria toda la vigilancia y proteccion de María, para que no se impidiese la grande obra de la conversion de los gentiles. Aquí amansa las olas, que furiosamente agitadas por el maligno espíritu, querían tragarse en su furia á los obreros del Evangelio; allí disipa una horrible tempestad, que amenazaba destruir repentinamente á los apóstoles de Jesús; en esta parte quita la ferocidad á los leones y tigres, y les hace dar un testimonio auténtico de cuánto veneran al Criador del mundo en sus ministros, lamiendo los piés de éstos, y burlando de esa manera á los que intentaban aniquilar la obra de Dios; en esa otra manda á los elementos que no dañen, ni en un solo cabello, á los portadores del nombre de Jesús. Así en la historia del cristianismo se ve un encadenamiento de sucesos milagrosos, atribuidos por la mayor parte á la vigilancia y proteccion de María.

Con estos prodigios estupendos se ve el cuidado de la Pastora divina en añadir á su rebaño esos cabritos, que una mano enemiga había robado. Despues de haber introducido los operarios del Evangelio á costa de tantos milagros en las tierras de la gentilidad, ¿se habrá cansado ya el brazo de María de repetir esos prodigios á favor de los infieles? Prodigio es, y muy singular prodigio, la docilidad de los gentiles con que abrazaban las máximas del Crucificado, y el deseo que tenían de la palabra de Dios; pero este prodigio María lo obraba. Milagro es, y gran milagro, convertir á los perturbadores de la Religion en otros tantos fieles celosos y panegiristas de sus máximas; pero María es la autora de este milagro. Los repite, cuando aquel viejo cargado de cadenas no sucumbe á su peso; cuando ese muchacho en las hogueras bendice el nombre del Señor, como los de Babilonia; y cuando aquella débil mujer, superior á su naturaleza, resiste á las amenazas, ecúleos y patíbulos del tirano. Y para

que más claramente se vea que eso es la grande obra de María, y que suyos son los adelantamientos y progresos que en ella se hacen, además de que la Señora es la patrona de las misiones, y las primeras iglesias que se edifican están dedicadas á María, y las congregaciones que se establecen son de María, en América aparece á una anciana mujer, y la fortifica en la Fé; en el Japon, á un muchacho, y le gana á Jesucristo; en la China, á unos jóvenes, y los aparta de la idolatría; y en las Indias, á muchos, y los hace ovejas de su rebaño. Venid ahora, oh filósofos del gentilismo, y decidnos, ¿por qué los espíritus inmundos no dejaban los cuerpos que señoreaban, y las casas que infestaban con los nombres de vuestros ídolos é inmundos sacrificios; y lo hacían, ó luego que se pronunciaba el nombre de María, ó cuando se colgaba alguna de sus estampas? La razon es obvia, señores míos; porque María es pastora de los infieles, y á su presencia huyen los lobos que los persiguen.

Pero perdonad, señores, si para manifestaros á María pastora de los infieles, he invertido el orden de las pruebas, valiéndome primero de hechos recientes en lugar de los antiguos. Yo confieso que unas hazañas tan ilustres arrebatan mi espíritu; y así no he podido dejar de referir en primer lugar lo que hemos visto más de cerca, y hiere más nuestra devoción. Pero, si estos últimos tiempos han sido la gloriosa época de la vigilancia y protección de María, de los primeros siglos de la Iglesia naciente ¿qué diremos? Siglos de paz, de iluminación, de fervor, de piedad, de amor, de castidad, de iluminación y de penitencia. Costumbres mejoradas, leyes suaves, y el Evangelio en muchas naciones predicado. ¿Y esto por medio de quién? Por medio de María, que como pastora solícita cuida se envíe á España á Santiago y á sus siete discípulos, quienes siembran entre los españoles las semillas de la Fé, productoras de innumerables y asombrosos frutos que han admirado todas las naciones del orbe. Y por manifestar más que Ella es la pastora que se cuida de la conversión de los españoles, se aparece al apóstol, y le manda fabrique una iglesia en su honor, la primera del orbe. Por medio de María, Gregorio navega los mares de Inglaterra para iluminar aquella isla; Dionisio marcha á Francia para hacerla cristiana; y otros Santos á los países del Norte para dar á conocer el Evangelio del Salvador: en una palabra, la Europa entera, la mayor parte del África y Asia, se someten por la intercesión de María al imperio de Jesús. Y ¿no es ser esto María pastora de los infieles?

Iglesia santa, extiende tus amorosos brazos para recibir en tu seno

á esa multitud de hijos que la divina Pastora te envía: vicario de Jesucristo y pastor universal de los creyentes, baja de tu sòlio para abrazar á los embajadores del Japon, primicias de aquella nueva cristiandad, que en nombre de sus reyes vienen á jurarte fidelidad y obediencia. ¡Oh, y qué gozo para la Iglesia, viendo cumplidas las profecías, de que estarán á su rededor gentes venidas de léjos! Pero á Vos, Pastora divina, se debe el honor de estas conquistas.

Y por ser María, señores, pastora de los infieles, dejará de serlo de los cristianos? María en el pié de la cruz, cuando anegada en el llanto y amargura aceptó la donación que Jesús le hacía de S. Juan en lugar de sí mismo, consintió libremente en encargarse de la custodia de los nuevos hijos, que, reengendrados en la sangre que en la cruz entonces se derramaba, habían de formar la Iglesia de Jesucristo. Entonces los verdaderos creyentes adquirieron un derecho imprescriptible á los cuidados y solitudes de tan buena Madre, y ésta empleó ya desde entonces todo el valimiento que con el Padre celestial y su Hijo tenía, para marcar con el sello de su protección á las nuevas ovejas, que componían el dichoso rebaño que se había confiado á su vigilancia y cuidado. Alegraos, hijos de la luz, porque vuestro Redentor moribundo, entre las agonías y aflicciones de la muerte, acordándose de la orfandad y viudez que en breve iban á cubrir vuestro corazón, no pensó en dejaros otra manda más lenitiva de vuestro dolor, que María vigilante pastora de vuestras almas. Un pastor tan bueno ¿podía señalaros mejor pastora? Y si por un efecto de su misericordia no hubiera usado del derecho, que por supremo legislador le compete, de elegir la pastora que de vosotros cuidase, sinó que lo hubiera dejado á vuestro arbitrio y voluntad, decidme: ¿no hubierais elegido desde luego á María? Recibid, pues, cristianos míos, ese dón tan precioso: acordaos de que si muchos son los senderos por donde os podeis extraviar, sumo es el cuidado de María en dirigiros, y grande su poder para libraros de los precipicios.

Yo veo con suma complacencia de mi espíritu, que María no ha tenido que sacaros de las tinieblas de la gentilidad; pero si tal ha sido vuestra suerte, que no os hayais embrutecido con los negros colores de la idolatría, ¿por ventura son ménos vuestros enemigos? ¿se habrán cerrado los escollos en donde podais naufragar? El dulce carácter de cristiano ¿os librará de las tentaciones? ¿os hará impenetrables á las innumerables y venenosas flechas que la carne corrompida despide continuamente? Aún cuando el hombre esté en lo más alto del poder y de la opulencia, no puede juzgarse libre de los re-

veses é infortunios, porque entónces, la debilidad de la naturaleza humana está socavando los fundamentos para derribar al coloso que se había levantado. Enemigos del alma, que impiden los adelantos que hacen en la virtud; enemigos del cuerpo, que á cada paso le arman lazos para precipitarle y destruirle; en fin, por dó quiera que se vuelva encuentra el camino lleno de espinas y malezas. ¡Qué dura sería, hermanos míos, la condicion del cristiano, si en medio de tantas miserias no tuviese una áncora con que poder afianzar su salud! ¡Qué region tan oscura habitaría, si no hubiera una estrella que le iluminase! ¡De qué pastos tan venenosos se alimentaría, si no hubiese una pastora que le apartara de ellos! Pues esta áncora, esta estrella y esta pastora es María, que interponiendo su alto patrocinio, libra al cristiano de las miserias que le afligen y de los esfuerzos del enemigo que le persigue.

Cada vez, señores míos, que se representa al corazon sensible la funesta serie de acontecimientos que experimentan nuestros semejantes, se estremece y desearía ver borrados enteramente estos cuadros de horror y miseria. Llanto inconsolable de aquella viuda, por haberle arrebatado la muerte el compañero de sus fatigas; aullidos interminables de aquel niño, por estar expuesto á las inclemencias de los tiempos; penetrantes gemidos de aquellos enfermos, que yacen en la cama del dolor; tristes ayes del que se sofoca en las ruinas de algun edificio; lamentos repetidos del que se ahoga en el rio; gritos lastimeros de los navegantes que se absorbe el mar; quiebras dolorosas del rico mercader; calumnias atroces levantadas contra el inocente; esterilidad espantosa que destruye los campos; infaustos terremotos que se tragan las ciudades; y en fin, asoladoras pestes que convierten la faz de la tierra en páramos y desiertos: hé ahí, señores, la vista amarga y dolorosa para el corazon sensible, que penetrado de los sentimientos de Religion, acude al trono de las misericordias, para atraer sobre los mortales los benignos influjos de la divina piedad y clemencia.

Cuando el cristiano, al parecer, iba á sucumbir bajo el enorme peso de miserias y desgracias que os hemos pintado brevemente, la divina Pastora, alargando el báculo pastoril, deshace repentinamente esa nube preñada de infelicidades humanas. ¡Qué consuelo para aquella viuda, cuando María le proporciona por manos caritativas el necesario alimento para su conservacion! ¡Qué cuidado tan maternal pone María en cubrir la desnudez de los pobres infantes! Ella manda á los dolores que no aflijan más á los pacientes, y obedecen; alarga el

manto al que iba á sofocarse, y se salva; se deja ver de los marineros, y les restituye la tranquilidad y bonanza; el mercader abatido ve renacer en su casa, por medio de María, el crédito y la opulencia; el inocente levanta las manos á María, y triunfa: se le suplica, y se llenan los campos de mieses; y cuando el bamboleo de la tierra al parecer iba á tragarse á los vivientes con sus ciudades, entónces María fortifica más sus cimientos. Finalmente, cuando la guadaña furiosa de la muerte, por medio de asoladoras pestilencias, llevaba por los pueblos y naciones el estrago y devastacion, María la hace parar á los principios de su carrera, y restituye á los cristianos la felicidad y alegría de que ántes carecian. Testigos son de esta verdad todos los pueblos y naciones cristianas, que nunca han acudido á la divina Pastora sin que los haya liberalmente protegido. Así se convierte el dolor en alegría, excediendo los favores que María nos dispensa, á las necesidades que continuamente nos cercan.

Pero, librándonos la divina Pastora de todos esos contratiempos, nos libra únicamente, oyentes míos, de los enemigos del cuerpo: otros hay más temibles, cuyos estragos á veces obligan á llorarlos con lágrimas de sangre, y de los cuales tambien la divina Pastora nos hace alcanzar completa victoria. Oscurecido el pecador con los densos vapores de la culpa, no conoce el miserable estado á que ésta le ha reducido, y se olvida del augusto carácter de que está adornado, violando descaradamente todas las leyes divinas y humanas. El justo, por otra parte, al tiempo que ofrece al Altísimo un corazon puro, se ve asaltado por un vil enemigo, que á fuerza de tentaciones le quiere derribar del alto y majestuoso lugar que ocupa. Y la divina pastora María ¿qué hará en tales casos? Hará lo que el divino Salvador hizo, cuando corrió tras la oveja descarriada, hasta cargársela sobre los hombros y llevarla al rebaño de que se había apartado. El pecador sentirá por parte de María las inspiraciones que le llaman, y las ocasiones que le convidan á la conversion; y no parará hasta que se derrita su corazon como el de María Egipcíaca, y de Margarita de Cortona en lágrimas de compuncion y arrepentimiento. Y extendiendo amorosa su cayado al justo, huirán precipitadamente los enemigos, dejándole lleno de júbilo y confianza. ¡Afortunado pecador! ¡dichoso justo! atribuid á los cuidados de la Pastora divina vuestra conversion y tranquilidad.

Reflexionando, pues, cualquiera la ofeciosa conducta de María, no puede dejar de conocer, cuan fielmente desempeña las obligaciones de Pastora divina de los cristianos. Entónces, extendiendo su vista

sobre el feliz y dilatado campo de la Iglesia, lo cubre de numerosísimas Órdenes religiosas, refugio seguro del pecador y fuerte baluarte para el justo.

Y si no obstante de tantos cuidados y solitudes como tiene por los cristianos, y tantos medios como para su salvacion les proporciona, cunde el torrente de la iniquidad y se dejan deslumbrar por el engaño y la mentira, ¿deja de volverlos al recto sendero de la virtud? ¡Ah! María ama demasiado á los cristianos, para dejarlos perecer miserablemente. Entónces, con los golpes de su glorioso cayado, hace levantar una multitud de predicadores evangélicos, que, como otros tantos diques, hacen parar el rápido movimiento de la iniquidad: sus palabras son trompetas que atemorizan y consternan á los seguidores de la maldad; sus voces son rayos que aniquilan los vicios, y sus exhortaciones trofeos para la virtud.

Que todas las criaturas del universo os bendigan, Virgen santísima, por el cuidado que teneis de vuestro pueblo. Cuando éste, al parecer, vá á ser presa del lobo infernal, entónces le haceis sentir más de cerca vuestra proteccion; y así ¿qué diré de Vos, oh Pastora divina de los cristianos? Vos sois refugio en sus tribulaciones, mantenimiento en sus necesidades, luz y guía en sus operaciones; por Vos son librados de las tentaciones; y los que son pecadores convertidos, y los justos mantenidos en la virtud; en Vos, finalmente, los caídos se levantan, los enfermos se curan, y todos los que os aman son por vuestro medio llevados al goce de vuestro Hijo. Lo que importa, amados míos, es no desmerecer estos favores con nuestras depravadas costumbres. Ódio perpétuo al vicio y amor eterno á la virtud: este es el camino para granjearnos la proteccion de María. Miétras nos engolfemos en los vicios, María no nos protegerá: es preciso corregirnos, si queremos que María nos libre de nuestros enemigos. Y cuando lo hayamos hecho, entónces esperaremos con fundamento la salud de nuestra pátria, el remedio de nuestros males, y el goce de la vida eterna, que os deseo á todos.

NUESTRA SEÑORA DEL PILAR.

DISCURSO I.

*Quæ est ista, quæ progreditur
quasi aurora consurgens, pul-
chra ut luna, electa ut sol, terri-
bilis ut castrorum acies ordinata?*

¿Quién es esa que camina como la aurora al nacer, hermosa como la luna, escogida y brillante como el sol, terrible y majestuosa como un ejército formado en orden de batalla...?

(CANT. VI, 9.)

Llegó un tiempo, en que las generaciones todas habían venido á caer en una noche oscura de tinieblas, de crímenes, y de errores los más groseros. Cuarenta siglos de mentiras se habían extendido por el universo oscureciendo toda verdad. Cuatro mil años hacía, que los hijos de los hombres, cual si fueran pueblos malditos, andaban errantes por los áridos desiertos de la ilusion y de la fábula; y las inteligencias, envueltas en la oscuridad del error, pedían con inquietud y desasosiego la verdad á la duda é indecision, al mismo tiempo que buscaban la virtud en los altares mismos del vicio, del cinismo y de la crápula. La verdad, es cierto, que había hablado al mundo por medio de las maravillas de la creacion, por los ángeles y patriarcas, por Moisés y los profetas; pero no había llegado á conquistar los homenajes del género humano, hasta que vino el día en que, cumpliéndose los decretos del Eterno, la verdad se personifica, el divino Verbo se viste de nuestra humana naturaleza, y descende á habitar acá en la tierra bajo esta túnica mortal, haciéndose nuestro amigo, nuestro hermano, hombre como nosotros. Mas, para no deslumbrar con sus divinos resplandores á nuestros ojos débiles y enfermos, y para no